

Vino amargo

El Tuerto

Me desperté de repente. Al principio no sabía bien por qué, pero enseguida me di cuenta, por la pantalla iluminada del móvil sobre la mesilla de noche, que era él, con su estribillo guasón, el que me había hecho trizas el sueño. Un colega me lo puso hace tiempo y, a falta de otro mejor, lo mantengo. En él, una voz femenina enlatada, pseudo-mejicana, me chilla eso de “¡Hazme casitoooo! ¡Hazme casito que soy un mensajitoooo!” cada vez que me llega uno. Lo adopté por su gracejo cachondón, pero cuando suena como hoy, a las cuatro y media de la mañana, es que me pone de los nervios y me pega un subidón de adrenalina que no veas. No apago el aparatejo al acostarme, para por si, y luego pago las consecuencias.

Ya incorporado, busqué intranquilo las gafas de tontas, mientras caían no sé cuántas cosas de la mesilla de noche, por mi torpeza, pensando en la posible gravedad o urgencia del mensaje que llegaba. A esas horas no es de esperar nada bueno, claro. En cuanto comencé a leer, parpadeando para enterrejar un poco los párpados, me acordé de que hacía ya más de 48 horas, cosa inexplicable, que no me había acordado de la madre que parió a Movistar. Intuí que era el momento de volver a hacerlo con vehemencia, en cuanto vi el encabezamiento del mensaje, que decía no se qué de Movistar Publi. La madre que los parió. De lo que pusiera en él no me digas, porque nada más ver el encabezado ése lo borré sin acabar de leer, a base de darle apretones a la primera tecla que tuve a dedo. Me juré que al día siguiente los pondría a parir, cosa que hice con regocijo bien tempranito y en plan faltón, que oye, aquí puestos a joder, ¡jodemos todos. En ese mismo momento les exigí, solicité y conseguí, que “ni un mensajito” de propaganda más en el futuro, bajo la

amenaza de cambio inmediato de operadora y estampación súbita del aparatito contra la pared más cercana. Si es que te ponen de mala leche, hombre, porque por muy necios que sean, que sin duda lo son, eso de enviar mensajitos a las cuatro y pico de la mañana ya es pasarse. ¿Cómo es posible que tengan el morro de mandar publicidad a esas horas?

Sucede lo mismo cuando los sindicatos, con sus automatismos telefónicos correspondientes, aburridos que se conoce que están, se ponen a enviar faxes a las dos de la mañana al teléfono del centro de salud mientras tú, ¡oh casualidad!, estás intentando echar una cabezadita en la guardia. El teléfono suena, lo coges del primer brinco y resulta que el ruido del fax te rompe los esquemas, amén de provocarte un rebote que no veas, claro. Yo todos esos los hago trizas según llegan, en plan vengativo, y no los muerdo porque el papel del fax tiene como brillo, que si no... Pero reconozcamos que no son maneras, ¿eh? No, no me refiero a mis reacciones coléricas, sino a las de los necios del marketing que me las provocan por planificar, tolerar o no prever que los automatismos que utilizan para sus envíos puedan hacer llegar la propaganda o la información al destinatario en plena madrugada. ¡No son maneras, coño, que ya está bien!

Total, que al día siguiente de mi despertar loco con Movistar, me acordé de que me quedaban aún unos días de vacaciones y decidí llamar a una agencia de viajes, de la que había visto anuncios con propuestas que, en principio, podrían interesarme. Al teléfono, una señora de modales exquisitos, me pidió que esperara un momento, que enseguida me atendería, y mientras tanto me dejó con una musiquilla al auricular con la que, supuestamente, me

quería hacer más llevadera la espera. Con horror comprobé que Chikilicutre atacaba de nuevo. Pegué un súbito respingo y noté que me daba un patatús, en plan alérgico urticariante. Oír al tiparra-co ése con su cancioncilla desde siempre me fue insufrible. No pude menos que colgar. Sin recuperar aún el resuello, sonó el teléfono. Era la señora de la agencia, que me pedía disculpas por la desconexión que se había producido en la línea y para informarme. Cuando le dije que de fallo nada, que había sido yo el que intencionadamente había colgado por lo insoportable de la musiquilla, con tacto y entre risas me dijo que "es una música fresca, con aires renovados, hombre, que hay que cambiar", sin duda animada a ello por el tono, entre cazallero y de cuarterón, de mi voz. Mi respuesta fue, más o menos "Señora, déjelo estar y hablemos del viaje, que como el fulano ése con su cancioncilla chorras sea el mascarón de proa de su agencia, lo llevamos mal de entrada, así que mejor vamos a lo nuestro si le parece". Luego, pero por otras causas, no nos entendimos.

Recuerdo que cuando salí a la calle esa especie de pseudocanción, cantada por el espantajo de las patillas postizas, sólo me embargó la pena. No por él, que a mí como si le dan, oye, que cada cual es libre de hacer el ridículo como mejor le plazca y de algo tendrá que comer, digo; sino porque alguien con sentido común hubiera podido pensar que esa cancioncilla podía representar a España en cualquier festival, por malo y cutre

que fuera. "¡Spain, Spain, cómo estás que así te ven!"

Qué pena. Todo por la pasta, de acuerdo, pero hombre... Espero que no se repita la historia del otro que, después de hacerse súper famoso por la no

menos horrorosa canción del estribillo aquel de "Un limón y medio limón y dos limones y medio limón y...", tan gracioso para algunos. Su despertar debió de ser de lo más amargo al darse cuenta de cuánto había hecho el canelo al prestarse a hacer el papel prototípico de hombre-kleenex en el programa televisivo de turno y, pobrecito mío, decidió decir adiós a todo y a todos, en el interior de un armario, en su propia casa, colgándose por el cuello.

Yo, para eso de la música, siempre he sido muy cortito, la verdad. Escucho poquita, más que nada porque soy incapaz de hacer otras cosas mientras escucho la que me gusta, porque la que me gusta, me gusta con pasión y la saboreo a tope. Baste decirte para mejor comprensión, que yo la poca música que oía antes era de Los Beatles, Serrat, Sabina, Simón & Garfunkel, Aute... e incluso

me emocionaba antaño con las de Mari Trini, Amancio Prada, José Luis Perales o hasta con Mecano o Diango, así que con eso te digo todo. Pues gracias al rebote que me cogí, por la vergüenza de saber a España representada en no-sé-dónde por el de la peluca de plástico y su guitarra de juguete con lucecitas, decidí tirarme de bruces a la canción española y asirme a lo más racial y rancio



de sus cantares más típicos; o sea, a la copla y demás. Nunca antes la había escuchado, jamás... Bueno, si acaso en la radio cuando todavía andaba a gatas.

Oye, pues ver y oír al verbenas ése fue catártico y juré ponerme como un poseso a bajarme de Internet todas las canciones antiguas de lo más añejo, tradicional, propio y patrio de la piel de toro. Vale, lo hice por fastidiar, de acuerdo, pero por mi padre que lo hice. Y te diré una cosa peor aún, que lo hago y no me arrepiento en absoluto; antes bien, me da que pensar lo memos que somos cuando nos atrevemos a despreciar lo que desconocemos. Será todo lo políticamente incorrecto que quieras, pero como a mí me flipa eso de llevar la contraria, pues oye, qué quieres que te diga, no hay mal que por bien no venga. Gracias a ese rebote ahora cuando voy en el coche escucho ensimismado y tarareo a tipos como Rafael Farina, Antonio Molina, Perlita de Huelva, Juanito Valderrama y demás cantaores españoles que nunca antes escuché. Es que ni me conozco, tú, pero en el espejo soy el mismo. Ostras, ahora que lo pienso, ime falta bajarme algo del Fary, coño!

Y he descubierto con sorpresa que esos sí que sabían lo que era cantar. Tenían voz de la de verdad, y hablaban de sus raíces, de los sentimientos y pasiones de las gentes de su entorno, de los marginados, de los sin techo de entonces, de los perseguidos y hasta de sus cotidianas frustraciones. Y de las de sus vecinos de a pie, que pasaban las mismitas de Caín que ellos pasaban, mientras otros iban a colegios de pago, calentitos y de guays por la vida, a la espera del coche oficial con el que soñaban y por el que trepaban desde chiquininos, y que ahora ya tienen a pares y con chófer.

Y he descubierto sobre todo que en las letras de sus canciones, junto con las emociones más básicas del ser humano, reflejaban un alejamiento cuerdo y permanente de la estupidez, de lo temporal y lo inane. Y que las escribían a calzón quitao, con el corazón roto y el alma desgarrada, modelada por las mil penurias económicas y sociales que caracterizaron a los peores

tiempos del pasado. Personificaban en sus voces el sentir de las gentes de la España en blanco y negro, que colgaba en las paredes de sus cuartos, con chinchetas, las fotos sepia de las bodas y comuniones de sus progenitores; o las de sus hermanos muertos de niño por bronquiolitis, garrotillo, o viruela, vestidos para la ocasión con ropa del estilo de la gente mayor. Los he visto en ellas, a los niños, con trajecillos de pana, con reloj de cadena en sus raídos chalcos y hasta con gorra de las de capar.

Pero a pesar y por encima de todo ello, aquellos cantaores fueron capaces de ilusionar y hacer soñar a todo el país entero, de punta a punta, cuando era uno e indivisible. A través de la radio con cortinillas, supieron conectar de corazón a corazón con la España más humilde, la más rural, aquella de los sin agua al grifo ni alcantarillado en sus calles, que en el mejor de los casos se iluminaban con bombillas de 25 vatios; la España del orinal y la palangana. Y en sus canciones, sus voces e instrumentos eran de los de verdad, sin artilugio amplificador alguno, ni play back, a pleno pulmón sin más. El que valía, valía, y el que no, a otra cosa. Mentira parece que, a pesar de los pesares y de sus infinitas penurias, fueran capaces de exhalar ilusión y transmitir anhelos y esperanzas. Cantaban con un par, porque les gustaba hacerlo y con ello conseguían distraer un poquito al personal de sus miserias, sin hacerse ricos por ello y siempre con una sonrisa de dentífrico poco menos que conmovedora, tipo la de "La vida es bella", que ayudaba a los demás al despegue emocional de las desdichas de lo cotidiano. Y a gozarlas aun en aquellas condiciones, claro. Y eso, que no les ha sido reconocido, tiene un mérito del requetecopón.

Joder, y ahora que caigo, lo hacían sin ayuda de la SGAE, esa pandilla de arrimaos que nos cobra su mordida hasta por comprar cedés en blanco. Mira, es que cada vez que lo pienso, me provocan una pulsión y una repulsión que intencionadamente no contengo y con las mismas me largo al top-manta más próximo, a consumir por jorobar. ¡Rayo los parta! Y aquí no pía ni dios...

Para los que después vinimos, las cosas nos fueron más fáciles. Porque la vida es así, simplemente. Hemos tenido suerte por nacer más tarde, sin más, que no por mayor mérito o derecho. Y escuchamos otras canciones, porque las han variado, no sé si para bien. Pero tengo claro que Chikilicutre es a Juanito Valderrama lo mismo que el bombero torero a Manolete. O sea...

"Por todas esas cosas tan absurdas de la vida", pues eso, que he decidido escuchar canciones de antaño, *typical spanish*, en mis viajes. O cuando me pongo estúpidamente sentimental, que también, y me refugio en mis dudas... O cuando tengo al lado a un tolerante del Chikilicutre, al que un colega me vendía en malhadado día como muestra y modelo del cambio de talante para mejora de nuestra sociedad actual. Entonces, con disimulo, para fastidiar, le pongo un CD demoledor, con lo mejorcito del cante pasional que me he bajado de la red; y, oye, las gozo escuchando por ejemplo eso de "...vino amargo es el que bebo por culpa de un mal quereeeeer..." Bueno, y viendo su cara de sorpresa y estupefacción, ni te digo, claro. Si es que soy más malo que un dolor...

Mientras tanto, he dejado boquiabierto a mi enfermera esta mañana, que es muy seria, cuando al llegar a la consulta me he quedado quieto-parao y me he arrancado de repente, antes del preceptivo buenos días, con eso rasgao de "...ayer tarde yo contaba mientras mi niña dormíaaaaaaaa...". Al quedarme en silencio, tras su sorpresa inicial, la he visto hacer una especie de mueca de sonrisa, cabeceando a los lados, comprensiva de lo mal que puede llegar a estar uno con las cosas de la edad; y, ya puestos, hemos explotado juntos a coro siguiendo con "...y los almendros llegaban y a su ventana asomaban por ver dormir a un luceroooo...". iiiTooooooma!!!

Y en la sala de espera todos acojonaos, claro.

Si es que no es para menos.